

RESEÑAS

AHMAD TOHARI, *El regreso de Karman*, traducción e introducción de Evi Yuliana Siregar y Fernando Octavio Hernández, México, El Colegio de México, 2015, 158 pp.

El Colegio de México acaba de publicar la traducción de Evi Yuliana Siregar y Fernando Octavio Hernández de una de las novelas más importantes del autor indonesio Ahmad Tohari. La obra se publicó por primera vez en 1980 y está ambientada en uno de los pasajes más conflictivos de la historia nacional de Indonesia: el intento de golpe de Estado del 30 de septiembre de 1965, contrarrestado por el ejército de Soeharto, quien atribuyó al Partido Comunista de Indonesia la responsabilidad del atentado y lo disolvió violentamente. Soeharto se convirtió entonces, y hasta 1998, en el hombre más poderoso de Indonesia. La masacre con la cual el gobierno de Soeharto disolvió el comunismo en Indonesia va a sustentar muchas de las imágenes que están en el proceso de creación literaria de Ahmad Tohari, quien relatará algunas de ellas envolviendo cuidadosamente los incidentes (pues durante el régimen de Soeharto nadie podía cuestionar su política) en la narración de la historia de un hombre llamado Karman y su vuelta al pueblo natal y a la religión musulmana, después de un largo exilio al que fue condenado por haber sido miembro del Partido Comunista.

Si el trabajo de traducción ha tenido siempre una relevancia cultural e histórica fundamental, la publicación en español de este universo cultural y literario debe ser doblemente reconocida tanto a los editores (Cynthia Godoy —quien realizó una cuidadosa revisión de estilo literario— y la Dirección de Publicaciones de El Colegio de México), como a sus traductores, que ponen al alcance del público de habla hispana un universo cultural y literario tan rico como es el indonesio, pues, como señala Helena Lozano Miralles, el trabajo de traducción no solamente se realiza en los límites de una lengua, sino en los de una cultura, para adaptarla, para hacer que refleje algo que en

principio le es ajeno, y para enriquecerla.¹ Y este enriquecimiento no sólo es el del universo cultural, sino también el de un universo literario, pues si la traducción en sí supone un esfuerzo de creación, con más razón lo es cuando se traduce un texto novelesco. Esta traducción, hay que subrayarlo, es precursora, ya que se trata de la primera al español, lo cual supone una dificultad y un mérito añadido, pues la traductora principal, Evi Siregar, no contaba con referentes hispánicos de esta novela que pudieran facilitar su tarea.

Los momentos centrales de la trama de *El regreso de Karman* se construyen a través de metáforas con un alto contenido poético. Y ése es otro mérito del autor y de su traductora, pues Evi Siregar ha necesitado inventar palabras y expresiones que pudieran dar cuenta, de manera precisa y sin traicionarla, de la realidad poética construida por Ahmad Tohari. Uno de los mejores ejemplos de este proceso creativo que supone la traducción es el título de la novela, cuyo original en indonesio es *Kubah*, La cúpula, y que, acertadamente, la traductora ha modificado por *El regreso de Karman*. Un título muy sugerente, porque a partir de él nos atrapa la novela; desde la perspectiva del lector occidental abre toda una gama de posibilidades de intriga (¿una historia detectivesca?, ¿una historia de fantasmas?) que nos predispone, desde el inicio, a acercarnos a la obra. Otro acierto fue la elección del nombre del protagonista como parte del título, pues se trata de un nombre parlante: Karman sugiere inmediatamente el karma, la ley de causa y efecto derivada de nuestros actos. Karma significa hecho, acción: tenemos así un título que atrapa y seduce al lector occidental. Mientras que para la realidad indonesia La cúpula, el título original, remite de manera inminente, como nosotros sabremos en la última parte de la obra, a la cúpula de las mezquitas, referente arquitectónico religioso y simbólico inmediato (las cúpulas constituyen el elemento distintivo de las mezquitas de la arquitectura del islam desde el siglo VII y, al estar situadas sobre la sala de oración principal, simbolizan el centro de la creencia y la bóveda del paraíso),² para un público occidental, sin embargo, estas conno-

¹ Traductora de *Baudolino*, de Umberto Eco, Barcelona, Lumen, 2002, p. 526.

² Klaus Mainzer, *Symmetries of Nature: A Handbook for Philosophy of Nature and Science*, Berlín-Nueva York, Walter de Gruyter, 1996, p. 124.

taciones no estarían en su sistema de referencias inmediato. De ahí que la traductora haya realizado, con mucha sensibilidad no sólo cultural sino también estética, esta adaptación, este cambio en el título que, no obstante, sigue siendo fiel a la realidad poética que transmite Ahmad Tohari; en efecto, el título *El regreso de Karman* conserva intacto el espíritu de la novela y resume, al mismo tiempo, la metáfora contenida en el título indonesio (constituye la expresión del final de la búsqueda emprendida por el protagonista).

La prosa sencilla y sobria es otro mérito del autor, y uno de los mayores desafíos de la traducción que nos sabe acercar a la gran tradición de la cuentística oral que permea la tradición literaria del pueblo indonesio, y que está muy presente no sólo en la construcción de la novela y de los personajes sino además en el estilo. Alfonso Reyes, a quien el afán de traducción lo acompañó siempre, creía que el espíritu de la gran poesía no podía quedar limitado a los contornos de una sola lengua y que toda gran civilización podía volcarse como el agua misma en vasijas diferentes.³ Y esto es precisamente lo que consigue Evi Siregar con la traducción de la novela de Ahmad Tohari. *El regreso de Karman* es la historia de una pérdida, de una búsqueda y de un encuentro. Tras doce años de exilio, Karman vuelve a su pueblo, Pegaten. El primer capítulo cuenta la zozobra y la inquietud de un ser que se encuentra totalmente despojado, atemorizado y confundido. En el transcurso de la novela, que narra ese trayecto de vuelta, se rememoran las acciones que llevaron a su protagonista a las pérdidas, pues Karman ha perdido todo: familia, hijos, amigos e identidad. Destacan, en este sentido, dos episodios que marcarán el destino del protagonista; el primero de ellos ocurre durante la cosecha del arroz. La descripción de la siega es uno de los mejores ejemplos de la habilidad descriptiva y poética de Tohari, y del talento traductor de Evi Siregar, ya que los matices presentes en la descripción de la cosecha de los distintos tipos de arroz —fundamentales en la configuración de la atmósfera narrativa y en la caracterización de los personajes, debido a que se convierten en una metáfora de la propia

³ Sin que esto implique, evidentemente, un procedimiento mecánico. Alfonso Reyes, *Tentativas y orientaciones* [1960], en *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, t. xi, p. 159.

identidad— tuvieron que ser inventados por la traductora para la realidad occidental. En el seno de esa gran fiesta que es la cosecha, por la que entramos directamente en el corazón de los sueños, las ilusiones y las esperanzas de los recolectores, Karman será testigo del ataque de un ejército de hormigas rojas a un recién nacido, que estará a punto de ser devorado. Más adelante, Karman, ya fugitivo, tendrá un encuentro nocturno en el río Sikura con Kastagethek, un viejo pescador que vive del transporte y la venta del bambú, y quien le contará una “historia de fantasmas”. El viejo pescador transfigura así, poéticamente, el relato de una masacre de la que el río, lleno de cuerpos mutilados, es un testimonio.

Pero, más allá del análisis de la realidad social y política de una nación que se está gestando y que está configurando su identidad, más allá incluso de la presencia de la religión, lo que está presente en esta novela es la búsqueda de lo trascendente y la construcción de una identidad. Esta recuperación del sentido de trascendencia implica, al mismo tiempo, la reintegración a la sociedad y al amor, ámbitos que se encuentran íntimamente entrelazados. Hay, en este sentido, una fuerte presencia de la filosofía budista que se halla figurada poéticamente y que permite a Ahmad Tohari ofrecer una visión esencialmente positiva y esperanzadora de un proceso conflictivo y doloroso como es el del nacimiento y la construcción de toda nueva nación.

El exilio de Karman constituye así un proceso de purificación que le permitirá su reintegración social y el reencuentro con lo trascendente. Y en esa búsqueda de la trascendencia, aunque en vasijas diferentes, para utilizar la metáfora empleada por Alfonso Reyes, nos reconocemos todos.

KARLA XIOMARA LUNA MARISCAL
El Colegio de México

DANIEL GORDIS, *Menachem Begin: The Battle for Israel's Soul*, Nueva York, Schocken, 2014, 295 pp.

Desde su llegada a Palestina en febrero de 1942 hasta su fallecimiento cinco décadas más tarde, Menachem Begin tuvo una afiebrada participación en el quehacer político y militar israelí. Como líder de la oposición en la *Knesset* (parlamento) durante dos décadas y, a partir de 1977, como primer ministro, Begin influyó profundamente en las tendencias fundamentalistas —religiosas y seculares— que hoy ponen en jaque a la democracia israelí. En contraste con políticos como Ben Gurión, Golda Meir o Shimon Peres, él conoció experiencias personales que se manifestarán posteriormente en su frágil equilibrio emocional y en su afiebrada retórica. Aludo a la prisión y las torturas, en los años cuarenta, padecidas en una cárcel soviética por presuntas actividades de espionaje en favor de los británicos, la invasión alemana a Polonia y el asesinato de sus padres por los nazis, así como el Holocausto que liquidó a más de tres millones de judíos en Europa oriental. Experiencias traumáticas que, al llegar a Palestina como soldado en las filas polacas, se tradujeron en posturas radicales y desmesuradamente agresivas cuando asumió el liderazgo de las agrupaciones que se rebelaron contra el mandato británico.

Al crearse el Estado israelí, en 1948, jefaturó una multitudinaria resistencia a cualquier negociación con Alemania que tuviera como propósito negociar indemnizaciones por las muertes y los daños ocasionados por el régimen hitleriano. Sus partidarios pusieron sitio al parlamento y apedrearon a los diputados que favorecían este arreglo que claramente necesitaba el país. No tuvo éxito. Por aquellas circunstancias, Albert Einstein y Hannah Arendt reprobaron su conducta y lo calificaron públicamente como *fascista*.

Daniel Gordis intenta en esta biografía elevar el perfil de Begin. A su juicio, es la figura más importante en la historia israelí; sólo David Ben Gurión podría llegar a su estatura. Percepción, a mi ver, injusta y errónea que emana de sus convicciones ideológicas. No es fortuito que cada uno de los capítulos del libro se inicie con algún versículo bíblico, y todos ellos se orienten a complacer, en mi opinión, a un público

israelí y judío que profesa convicciones fundamentalistas, laicas o religiosas.

En opinión de algunos testigos, Begin es a la fecha el más brillante orador que conoció el parlamento israelí; acostumbraba recordar pasajes y pronunciamientos bíblicos que encendían el entusiasmo de las audiencias; para otros, fue un demagogo populista y nacionalista que condujo con frecuencia a decisiones erróneas, que suscitaron la justificada protesta de políticos e intelectuales.

Cabe coincidir con Gordis en que la suscripción del acuerdo con Egipto, en 1978, que puso fin a las relaciones hostiles entre El Cairo y Jerusalén y a la desocupación del Sinaí, conquistado en 1967, constituye un suceso memorable en la historia de Medio Oriente. Por esta acción y en unión de Saadat, Begin mereció con justicia el Premio Nobel de la Paz. Incluso su decisión de destruir en los ochenta el centro nuclear Osirak, impulsado por el gobierno iraquí, se antoja hoy comprensible a pesar de las censuras que mereció en su momento. Si hubiera prosperado este proyecto, no sólo Israel habría enfrentado graves amenazas; también otros sectores de la región enemistados con Sadam Husein e, incluso, algunos países occidentales.

En contrapunto, *los errores de Begin fueron graves y múltiples*, especialmente en dos asuntos: la iniciativa bélica en El Líbano, en 1981-1982, que culminó en la masacre de Sabra y Chatila, y su apoyo decisivo a la colonización de los territorios en la Franja occidental que hoy pone obstáculos a cualquier acuerdo de paz en Medio Oriente.

Gordis intenta rebajar la responsabilidad de Begin por estos hechos al argumentar que, en rigor, el ministro de Defensa, Ariel Sharón, le mintió sistemáticamente aprovechando la ignorancia del gabinete ministerial en asuntos militares. Además, repetidos episodios depresivos acentuados por el fallecimiento de su esposa habrían mermado su claridad mental. Argumentos apenas sostenibles pues, si son correctos, Begin debió entonces renunciar a su cargo.

Esta biografía procura rebajar la importancia de algunos eslabones en la vida de Begin. Por ejemplo, los dramáticos episodios vinculados con el barco *Altalena* (uno de los pseudónimos usados por Vladimir Jabotinsky, su presunto mentor) que llegó

a Israel, en junio de 1948, con importantes cargamentos de armas. Como legítimo primer ministro y tras considerar las necesidades militares del naciente ejército israelí, Ben Gurión exigió la entrega de la nave y de su carga. Begin se negó argumentando que sus partidarios en Europa habían adquirido el material bélico y, por lo tanto, éste les pertenecía a ellos. Como no se llegó a acuerdo alguno, y para fortalecer la unidad política del país, Ben Gurión ordenó hundir la nave. Episodio dramático que conllevó la muerte de veinte efectivos de ambos bandos.

Impulsado por sus convicciones ideológicas y en desmedro de una prolija revisión de documentos y hechos, Gordis profesa que la travesía vital de Begin debe entusiasmar tanto al medio millón de israelíes que desde los años setenta ocupan y colonizan la Franja occidental como a la comunidad judía diaspórica, la estadounidense en particular. Dos mensajes que debió estimar con superior equilibrio. El fundamentalismo religioso y nacionalista que hoy empuja a los colonos tiene efectos que Begin probablemente no habría aceptado. De un lado, aleja las posibilidades de algún entendimiento con la Autoridad Palestina; por otro, reclama constantes y violentos choques militares que están desmoralizando a la juventud que no profesa el credo de los colonos. Una peligrosa escisión dentro de la sociedad israelí podría ser el resultado de esta imparable violencia.

Por otra parte, la diáspora judía está cambiando con rapidez. Las nuevas generaciones —particularmente en Estados Unidos— censuran abiertamente los desplantes retóricos de Benjamín Netanyahu, quien, siguiendo superficialmente el credo nacionalista de Begin, alienta a la extrema derecha israelí a expensas del ejercicio democrático y de la división equilibrada del poder. Su apoyo a figuras extremadamente conservadoras entre los republicanos estadounidenses acentuará esta brecha generacional en el judaísmo estadounidense, brecha que Gordis apenas considera. Juzgo que por estas *instructivas* tergiversaciones esta biografía *debe* ser leída.

JOSEPH HODARA
Universidad Bar Ilán

